

dio de una pequeña escalerilla de madera, atravesar con precaucion el jardín á fin de no despertar á los criados y á los perros que dormian en el primer patio, saltar una cerca de una vara de altura y correr á través de los solitarios campos hácia la casa del doctor.

Si atento á todos los ruidos de la noche, hubiese despertado una hora despues al murmullo de unos pasos en la huerta, los habria vuelto á ver subir la escalerilla, introduciéndole despues en el aposento y luego habria escuchado á Fernando retirarse con precaucion á su cuarto.

Pero el buen brigadier dormia profundamente y no oyó ni el lejano ladrido de los perros, ni el canto de los gallos de la hacienda.

CAPITULO IV.

Donde se dá á conocer el pasado de Gil Gomez.

Antes de pasar adelante, es necesario que el lector haga un conocimiento mas perfecto que el que ahora tiene con el jóven Gil Gomez.

Una tarde en que Don Estevan volvia á la hacienda, que hacia poco tiempo habia arrendado, despues de haber faltado de ella quince dias empleados en un viage á Veracruz, para el arreglo de la esportacion á Tampico, de un poco de tabaco, lo primero con que lo recibieron sus criados, fué con la nueva de que esa mañana se habia encontrado debajo de uno de los árboles de la huerta, una cuna que contenia á un niño de un año poco

mas ó meos y un papel que nadie habia leído aún, esperando la vuelta del hacendado.

Don Estevan se hizo conducir al lugar donde provisoriamente se habia colocado la cuna y encontró en ella un niño de la edad designada; pero lo que mas conmovió el corazon del honrado arrendatario, fué el ver que su hijo Fernando, entonces de la edad de dos años y medio solamente, hacia caricias y sonreia al recién llegado, que con esa dulce ignorancia del presente y confianza de la niñez se habia dormido profundamente.

Los criados pusieron en sus manos el papel que se habia encontrado en la cuna, le abrió y leyó las siguientes palabras:

“SEÑOR:

“El niño que ahora se coloca en vuestras manos, confiando en la bondad de vuestro corazon, es hijo de la desdicha y no del crimen.

“Su padre ha muerto antes que él naciera y su infeliz madre ha venido casi arrastrándose desde los confines de Yucatán, para amparar á su inocente hijo en la casa de un pariente acomodado en Oaxaca; pero la desgracia la persigue en todo y ayer ha sabido que ese pariente ha muerto repentinamente.

“Ella acaso morirá tambien muy pronto; pero será con el consuelo de haber dejado á su hijo bajo el paternal amparo de un hombre tan caritativo como vos.

“El niño no ha podido ser bautizado aún.”

El honrado Don Estevan se alegró verdadera-

mente de este incidente que traia un compañero á su hijo Fernando: hizo venir á una nodriza que se encargase de la crianza y cuidado del niño y éste fué bautizado solemnemente, dándosele el nombre de Gil por el dia en que habia sido encontrado y Don Estevan no vaciló un momento en hacerle llevar su nombre de familia.

El niño creció y se desarrolló rápidamente; á la edad de dos años ya parecia un muchacho de cuatro, segun su estatura y la facilidad con que corria por los largos corredores de la hacienda en compañía de Fernando que como hemos dicho era un año mayor que él. Nada parecia haber heredado de la tristeza que el infortunio habia dejado en el corazon de sus padres, pues por el contrario era vivo, alegre, bullicioso, era en la estension de la palabra lo que se llama generalmente "un muchacho travieso," una "piel de Barrabás," un "Judas." Aunque su inteligencia era naturalmente despejada, sin embargo desde un principio pareció poco apto para el estudio, el estudio del silabario y las primeras letras, que desde la edad de cuatro años seguia con Fernando, bajo la direccion del anciano maestro de escuela de San Roque, que venia todos los dias á la hacienda, y no era porque dejase de comprender las lecciones que éste les señalaba, nada de eso, sino que en vez de estudiar gustaba mas de correr detrás de las mariposas en las huertas, de jugar revolcándose en el suelo con los perros de la hacienda que ya le conocian, de seguir á los vaqueros al campo para ver la ordeña, ó la encerrada del ganado, de lazar á los cerdos en el chiquero, de arrojar piedras á los frutos maduros que esta-

ban fuera de su alcance y de cantar y armar gresca todo el dia.

Eso sí, le bastaban solo diez minutos para aprender lo que Fernando habia conseguido en media hora de trabajo y por eso el buen cura de San Roque al ver la prontitud con que comprendia desde luego lo que se le esplicaba y su admirable memoria, decia sonriendo aquel antiguo proverbio latino:

Nolo sed possum, si voluisse potuisse.

Así es que á la edad de diez años, mientras que Fernando leia perfectamente, escribia con correccion, poseia los primeros principios de matemáticas y lo mas notable de la historia sagrada y profana, Gil Gomez habiendo perdido su tiempo, leia tan cancanado, deletreando tan amenudo, equivocándose con tanta frecuencia, que era casi imposible entenderle; no era menos con respecto á la puntuacion, de la cual tenia ideas tan imperfectas, que creia se debia hacer una pausa despues de las palabras que tenian acento, y cagar la pronunciacion en la letra donde habia coma.

Sus planas eran un arlequin, un album de historia natural, aquellos signos parecian todos los objetos de la creacion, árboles, casas, hombres, y no las letras del abecedario, y no era por torpeza, sino que ni ponia atencion á la muestra de donde copiaba, además casi siempre derramaba la tinta sobre la plana, que entonces se hacia mas ininteligible y esto le ocasionaba algunos castigos y reprimendas del bueno y prudente maestro de escuela: en cuanto á la aritmética, hacia números 1 que parecian 9, 2 que parecian 4 y 5 que dificilmente se distinguian de un 8, creia que 4 por 4 eran 8, 6 por 6 12 y que los ceros á la izquierda valian 10; no es-

tata muy fuerte tampoco en la historia y respondia con mucho despejo á las preguntas que se le hacian, diciendo que Noé habia sido rey de las Galias, cuando estas fueron invadidas por Moisés y que Nerón en compañía de Júdas, Goliat y la Samaritana, eran los únicos que se habian salvado del diluvio con que Dios castigo el orgullo de los Israelitas; pero en cambio á los doce años Gil Gomez ganaba las carreras á pié y á caballo que se solian apostar algunos domingos, en el gran corral de la hacienda entre los mozos, montaba á los becerros grandes solo pasando á su lomo una cuerda, trepaba á los árboles mas elevados para coger nidos de esos pájaros de vivos y primorosos colores que tanto abundan en esas regiones, ponía trampas en los bosques á los conejos y las ardillas, y aun algunas veces desaparecia un dia entero de la hacienda, volviendo ya al caer la tarde, con un saco de red al hombro cargado de peces, á quienes echaba el anzuelo en un sitio en que el rio bastante profundo los traía en abundancia; pero situado á mas de una legua del pueblo. Estas travesuras estas escursiones le ocasionaban grandes reprimendas de Don Estevan; pero el regaño pasaba pronto y en cambio, Gil Gomez en la noche hacia en el portal que estaba delante de la casa, ó en los corredores, una lumbrada como las que habia visto hacer en los bosques á los pastores y á los arrieros y allí condimentaba de mil maneras los productos de su cacería ó de su pesca, reservando antes de comer, la mejor parte á Fernando, que aunque generalmente andaba y corria junto con él, no siempre se atrevia por temor de causar cuidado y pena á su padre, á acompañarle en tan largas y peligrosas escursio-

nes. Hasta aquí no hemos hecho mas que la relacion de las travesuras y malas cualidades de Gil Gomez; pero nada hemos dicho de sus buenos instintos y de sus nobles sentimientos: Ninguna ruina pasion habia encontrado hasta allí acogida en su alma; no era ni envidioso como es tan comun que lo sean todos los niños de esa edad, ni vengativo ni apegado al interés, ni adulador con sus mayores; defectos que son igualmente generales en la infancia; por el contrario Gil Gomez, se contentaba con lo que se le daba y lo recibia sin murmurar sin comparar si era inferior á lo de Fernando, sin enorgullecerse si era superior, una travesura ó una mala partida que le hiciesen los demas muchachos de la hacienda ó del pueblo, entre los cuales tenia por otra parte una gran popularidad, la pagaba con la indiferencia, ó con una buena accion; era muy poco apegado al dinero, y del que solia recibir de Don Estevan, reservaba una pequeña parte para sus gastos menores, tales como recomposicion de sus redes, honorarios al herrero de San Roque por la compostura de su escopeta, por la hechura de anzuelos, por clavos, municiones y polvora; regalando el resto á los demas muchachos ó distribuyéndolo á los pobres, tales como el baldado que se ponía todos los domingos en el cementerio de la Iglesia, la ciega que venia en las mañanas á pedir limosna á la hacienda, ó el viejo soldado cojo que tocaba la vihuela y referia escenas de batallas, ó reservando su pan cuando carecia de reales: En las riñas y cuestiones de los demás muchachos, él era siempre llamado como juez, tomando siempre la parte del que tenia mas justicia, ó en igualdad de circunstancias del débil contra el fuerte; los contendientes, se

mostraban generalmente contentos de su fallo; pero si alguna vez un rebelde desconocia á la autoridad ó se demandaba en palabras injuriosas contra su representante; entonces el juez dejando á un lado la gravedad del magistrado, se convertía en ejecutor de la ley, arancrando de las manos del rebelde litigante, el objeto, causa de la riña y pasando de las razones á las obras, aplicaba una dolorosa correccion al mal ciudadano, que se levantaba del suelo, lloroso pero convencido. Gil Gomez ponía en todos estos actos tal sello de grandeza, aplicaba el castigo con tanta sangre fria, sin encolerizarse, sin que los insultos lo hiciesen parcial, sin humillar al vencido, que este no se creía con derecho para odiar á un vencedor tan magnánimo, y al reconocer en él la superioridad que dan la fuerza y la justicia, acababa por ser su mejor amigo.

Pero entre los nobles sentimientos que se albergaban en el corazon de Gil Gomez, habia uno mil veces mas desarrollado que los demas; era un amor entrañable, una adhesion profunda á Fernando, su compañero de infancia, su hermano querido: un deseo de éste era para Gil Gomez una orden impuesta por él, asimismo no habia placer completo si Fernando no participaba de él, no podia vivir un momento separado de él, en las escursiones que ambos hacian algunas veces con peligro de una caída, Gil Gomez temia por la seguridad del jóven y velaba por ella como lo haria una madre con un hijo pequeño.

Por otra parte estaba prodigamente recompensado, pues Fernando le amaba con el mismo cariño, desde la infancia ambos habian dormido en un mismo lecho, habian participado de las misma ale-

grías ó pesares de niños, habian llevado unos mismos vestidos, iguales juguetes, si uno era tímido, estudioso y naturalmente melancólico desde niño, si el otro era travieso, alborotador y alegre, ambos tenian iguales buenos sentimientos.

Gil Gomez, hijo privilegiado de la naturaleza, seguía en todo las leyes de la naturaleza. Se levantaba al rayar el dia, cuando en la hacienda todo el mundo dormía aún, tomaba el desayuno que consistia en una enorme taza de leche, al aire libre, entre los vaqueros ordeñadores y las vacas que llenaban el patio de la hacienda, y la mayor parte de la mañana la pasaba en compañía de Fernando, ya en escursiones á pié ó á caballo á las cercanías, ya en sus juegos en la huerta; distribuía él mismo el maiz y el grano á las palomas y demas animales domésticos, que estaban tan acostumbrados á su vista, que luego que se presentaba en el patio destinado para ellos, corrian á él, y le rodeaban sin desconfianza, estaba muy al tanto de los animales muertos ó nacidos el dia anterior, recogía los huevos y vigilaba á las gallinas enclucadas, eliminando del resto de sus compañeras á las que estaban afectadas de algunas de las enfermedades que él conocia ser contagiosas, y que distinguía perfectamente bien. Sabia el número existente de vacas de ordeña, de becerros, de bueyes para el arado, de caballos, de perros, de palomas, que habia en la hacienda, dando siempre importantes noticias de todo esto á Don Estevan y al mismo administrador, conocia todos los animales dañinos á los plantíos de tabaco y maiz y el modo de destruirlos ó librarse de ellos, las horas en que estos acostumbran caer sobre la siembras para hacer

sus estragos; entre los infinitos ruidos que pueblan el aire, sabia distinguir el grito del aguila, del gavilan, y de todas las aves que giran en derredor de los sembrados, de manera que advertido de la proximidad de estos y conociendo los plantíos, objeto de su codicia, corria á ocultarse entre ellos, con su escopeta y correspondiente provision de polvora y municiones, causando graves estragos sobre las bandadas de tordos y haciendo importantes, capturas de algunas aves grandes y de variados colores; en la era distinguia sobre la tierra las huellas de los conejos de las liebres, de los topos y de las ardillas; disecaba todos estos animales perfectamente, de manera que su cuartito parecia un gabinete de historia natural, un museo zoológico; habia allí en efecto desde el águila caudal cuya pupila atrevida parece formada por graduar á su antojo la intensidad de los rayos solares, hasta el ligero y gracioso colibrí, el pájaro galan de las rosas; desde el gavilan de corvo pico, terror de las palomas, hasta la tortolilla y el rojo cardenal, sorprendidos en su nido al nacer: pocos libros, muchos instrumentos de herrero, carpintero y disecador, algunas redes descompuestas, ó en recomposicion, anzuelos, municiones, pólvora, ese *pêle-mêle* que indica los habitos y las inclinaciones del hombre; he aquí el conjunto del cuartito de Gil Gomez. Hasta las doce, diez minutos antes de la llegada del maestro, solia Gil Gomez, cuando solia, leer precipitadamente la leccion señalada, ó hacer su borronéada plana, para cumplir á medias, ó mejor dicho para no cumplir con los mandatos de aquel, y durante la hora que duraba la leccion, en todo pensaba, menos en atender á la esplicacion cansadisima generalmente y casi

siempre poco inteligible. A la una en punto se cõmia en la hacienda, y Gil Gomez se deleitaba profundamente, viendo que casi todo lo que se servia era producto de la misma hacienda, desde la carne hasta el frijol y las verduras de la huerta; es decir, habia en él una eterna admiracion á los objetos maravillosos y provechosos de la creacion, cada una de sus palabras era un himno al Autor de la naturaleza; su alegría nunca se habia turbado; amado por Don Estevan y Fernando, popular entre los criados, libre á su antojo, teniendo todo lo necesario, el cielo de su vida, no se habia enlutado con las nubes del dolor, á pesar de que ya habia llegado á la adolescencia. Solamente un dia en que el maestro al ver que no sabia una leccion atrasada de una semana, le dijo por estimularle.

—Pues ciertamente, no sé en qué piensas, con no querer aprender, Don Estevan puede morir de un dia á otro, y tú siendo huérfano nada posees; entonces ya no tendrás quien te mantenga.

Gil Gomez, al oir aquellas palabras se echó llorando en los brazos de Fernando, que tambien lloraba al ver el dolor de su hermano, por mas que el maestro arrepentido procuraba suavizar la dureza de su reprimenda con espresiones de consuelo y ternura: aquellas palabras se grabaron profundamente en el corazon del jóven y durante un mes, casi olvidó sus juegos y sus correrías para estudiar, poniéndose casi al nivel de Fernando; pero poco á poco se fué borrando de su ánimo aquella impresion de tristeza, y la alegría recobró su imperio en su alma naturalmente expansiva.

Pero Fernando habia ya cumplido quince años y era imposible que continuase aquella vida casi

ociosa, así es que Don Estevan determino, despues de consultar con el cura de San Roque y el maestro de escuela, enviar á Fernando al colegio para que se instruyese en la filosofía y en las ciencias metafísicas, ó siguiese si para ello tenia inclinacion una de las dos únicas carreras literarias que entonces se podian seguir en la Nueva-España, la del claustro ó la del foro; quedando Gil Gomez, cuya poca inclinacion al estudio era proverbial al cuidado y al manejo de la hacienda en compañía de Don Estevan. Habia entonces en la Puebla de los Angeles, un seminario, dirigido por los religiosos de la Compañía de Jesus, que gozaba de una gran reputacion en toda la Nueva-España, viniendo á instruirse á él jóvenes de los confines mas remotos de la colonia. En ese establecimiento pensó Don Estevan para Fernando, el cual desepso de instruirse, y siguiendo los impulsos de esa ambicion que alimentan todos los jóvenes de provincia, de habitar la ciudad, se alegró verdaderamente de aquel pensamiento de su padre, sintiendo solamente que Gil Gomez, no le acompañase, y solo consintiendo en esta separacion, en el supuesto de que éste iria á la ciudad en compañía de Don Estevan una vez al año, viniendo él mismo á pasar en su compañía el tiempo de las vacaciones; pero el hacendado habia contado como dicen, "sin la huésped" porque luego que á los oidos de Gil Gomez llegaron los rumores de aquel viage, luego que sus ojos comenzaron á ver los preparativos, luego que su corazon midió el sentimiento de una vida pasada lejos de Fernando; se rebeló contra las disposiciones tomadas, renunció el empleo que sin su conocimiento se le habia señalado y rogó, lloró, habló

tanto, diciendo que ya que se le creia inepto para los estudios, no se le podria impedir acompañar á Fernando siquiera en calidad de criado, que Don Estevan viendo su obstinacion y al mismo tiempo el deseo de su hijo, consintió por fin en enviarle tambien al colegio, bondad que estuvo á pique de volver loco á Gil Gomez, que por un momento habia creido verse separado de su hermano querido: ademas, prometió solemnemente que estudiaria con empeño y que ¡quién sabe si algun dia llegaria á ser una de las lumbreras de la Iglesia, ó la gloria del foro?

La partida se verificó por los últimos dias de Diciembre de 1804, el mismo Don Estevan quiso acompañar á los jóvenes, para ponerlos bajo la direccion y la tutela de un lejano pariente suyo que habitaba en Puebla y era al mismo tiempo su corresponsal en esta ciudad. A tiempo que partian, saludó el hacendado á un señor de fisonomia noble y respetable que llevaba del brazo á una hermosa jovencita de doce años, pareciendo dirigirse ambos al centro de la aldea.

—¿A quién saluda vd. padre mio? preguntó con indiferencia Fernando, que como todas las naturalezas melancólicas, sentia la tristeza en su corazon al abandonar aquel hogar querido, asilo de su infancia, y relicario de sus recuerdos de niño.

—A uno de mis antiguos amigos, á quien he conocido en Veracruz, el doctor estrangero Fergus, que despues de haber habitado algunos años aquella ciudad, se viene á vivir en compañía de su hija en esta aldea.

—¿Y desde cuando ha llegado? volvió á pregun-

tar Fernando; con los preparativos del viaje, hace ya algunos dias que no salgo de la casa.

— Hace solo una semana, se apresuró á responder Gil Gomez, y habita en una casa muy bonita que hace mas de dos meses han estado construyendo, al final de la arboleda que sale al rio.

Y continuaron su camino.

Don Estevan despues de haber arreglado lo concerniente á los gastos de los jóvenes, regresó á su hacienda.

La llegada de Gil Gomez causó sensacion en el colegio, aquel muchacho, flaco, largo y huesoso, á quien el traje talar hacia mas exagerado en todo, era necesario que llamase notablemente la atencion de sus concolejas, y no habian trascurrido ocho dias desde el de su entrada, cuando en junta de colegiales viejos, se determinó dar un *capote*, al recién venido. Consiste este acto en esperar á la víctima designada y sorprendiéndole, caer sobre ella un número considerable de ejecutores, á golpes con capotes, almohadas y aun palos, hasta dejarle tendida en tierra, molida y atolondrada; pero Gil Gomez, por una conversacion oida una de las noches anteriores, y por algunas palabras sueltas escapadas de la boca de sus compañeros de dormitorio, que eran los que habian recetado la medicina, en el momento en que roncaba estrepitosamente fingiéndose dormido, habia escuchado todo el plan. El dormitorio donde el acto debia tener lugar la noche siguiente, era una vasta sala en que habitaban mas de veinte colegiales, se trataba de esperarle, cuando se retirase á acostar, despues de haber paseado en los corredores como acostumbraba, hasta oír el toque de silencio; se apagarían las

luces que habia en la sala, dejando solo el gran farol suspendido de las vigas en medio de la pieza para distinguir á la víctima, luego que entrase se atrancaría la puerta á fin de impedirle la salida y despues cada uno sabia su obligacion. Pero ya hemos dicho que por una casualidad, Gil Gomez habia descubierto todo el plan, y en vez de ir á quejarse con el superior, lo cual le hubiera valido la fea nota de *chismoso* ó *soplón*, en el lenguaje de la universidad, determinó luchar cuerpo á cuerpo con sus improvisados enemigos y vencerlos si era posible; para lo cual fraguó tambien su plan. Se armó de un largo y grueso baston que ocultó todo el dia, y en la noche, despues de haber estado observando todos los preparativos desde que salieron de rectorio, requirió su arma; pero en vez de entrar al dormitorio al oír el toque de la queda como lo acostumbraba, se retiró cinco minutos antes de que la campana sonase á silencio y aun cuando aún no se le esperaba con atencion: cuando los contrarios atrancaron la puerta, ya Gil Gomez estaba en medio de la sala, y antes de recibir el cuarto golpe, dió un fuerte garrotazo al farol sumergiendo la pieza en una profunda oscuridad, y deslizándose sin pérdida de tiempo casi por debajo de las camas hasta la puerta, quitó sin ruido la tranca corriendo con la misma precaucion á refugiarse al rincon en que se hallaba su lecho: los estudiantes se precipitaron primero en medio de la oscuridad, en la direccion en que Gil Gomez habia desaparecido; pero solo dieron golpes al aire, despues se confundieron entre sí y cerraron unos sobre otros sin verse. Gil Gomez desde su rincon solo oyó golpes, quejidos, gritos de cólera, pataleos, sin que á él le to-

case nada de aquello. El ruido del farol al romperse y el de la lucha, atrajeron al padre maestro y los superiores.

La puerta se abrió repentinamente, la sala se inundó de luz, y los contendientes, cogidos *infragante delito* armados de almohadas, turcas y palos fueron á pasar el resto de la noche, despues de haber sido contundidos y molidos, á dormir sobre las duras lozas del calabozo, sin abrigo. Solo Gil Gomez fué encontrado sobre su cama, dormido profundamente, dormido en medio de aquella gresca con el sueño de la inocencia. El angelito fué el único que esceptuado del castigo, durmió aquella noche en blando. Este acto de audacia y algunos otros ejemplares semejantes á los que habia aplicado á los rebeldes en San Roque, le dieron una gran popularidad entre los estudiantes, y el que primero habia sido designado como víctima, fué considerado como caudillo en todas las travesuras y motines.

No es necesario decir que Gil Gomez, jamás cumplió lo que habia prometido, y la lumbrera de la Iglesia solo fué en los cuatro años que permaneció en el colegio, lo que allí se llama un estudiante perdido, ganando al cabo de ellos, despues de haber sido reprobado dos veces, el curso de artes, como se dice en el lenguaje de las universidades "en recua."

Pero lo mismo que Fernando, que por otra parte habia seguido los cursos con provecho, Gil Gomez no tenia inclinacion á la Iglesia y ambos jóvenes volvieron al hogar al cabo de cuatro años. Gil Gomez volvió mas largo, un poco serio y hablando en latin, acaso para justificar aquel proverbio ya

popular en la época de *perritiquis miquis, no me conosorum?* arguyendo en forma silogistica y con cierto aire doctoral, que unido á sus conocimientos en el latin, le hicieron ser solicitado por el cura de San Roque, para ayudar la misa y atender á la administracion interior del templo. Si como ya sabemos en los dos años transcurridos antes de que tomásemos el hilo de esta historia, se habia verificado un cambio notable en el corazon de Fernando, nada habia sucedido con respecto al de Gil Gomez que era tan niño y casi tan travieso como antes, lo único que habia dado un poco mas gravedad á su carácter, eran las confiancias de los amores de Fernando; pero por otra parte habia vuelto á sus antiguas costumbres, á sus cacerias, á sus escursiones, lanzando á los aires papelotes de diversas dimensiones casi fabulosas, y mientras refiriendo escenas de colegio á los azorados muchachos, que le rodeaban considerándolo como un ser extraordinario, como un personaje de los que habian admirado en los cuentos. Además de su empleo de sacristán, desempeñaba tambien el de practicante de medicina, para no decir el de flebotomiano, acompañaba, en efecto al doctor Fergus en las visitas que este hacia en la aldea ó en las rancherías inmediatas, montado en una jaca, conduciendo los instrumentos, las medicinas, las sanguijuelas y sabia ya muy regularmente sangrar, curar los cáusticos y aun las heridas. ¡Y no se habia albergado alguna vez un amor en aquel corazon de diez y ocho años? No se puede dar este nombre al episodio que vamos á referir.

Gil Gomez habia notado que al volver de sus escursiones, siempre encontraba en la ventanaá Ma-

nuela la hija del tío Lucas, linda, robusta y colorada moza de diez y seis años, Gil Gomez la veía con timidez, Manuela le lanzaba tiernísimas miradas. Sea casualidad, ó hecho pensado, el caso es que Gil Gomez, comenzó á pasar por su casa con mas frecuencia, despues vió y le vieron, tosió y le tosiaron, hizo señas y se sonrieron, enseñó una carta y bajaron la cabeza en señal de asentimiento, marcó la hora de una cita, con los dedos de su mano derecha, presentada por la palma y por el dorso para indicar las diez, y despues de haberle respondido afirmativamente con la cabeza, se retiraron de la ventana enviándole con la mano una graciosa despedida.

Gil Gomez corrió á la casa, buscó en el escritorio de Fernando el papel de color azul mas subido, le pintó dos corazones inflamados y atravesados por una flecha y con su letra grande y gruesa escribió la siguiente carta, no sabemos si inocentemente ó por burlarse de la aldeanita.

“SEÑORITA MANUELA:

Nadie diga. “De esta agua no beberé:” como dijo el otro, pues no sé que fué primero si verla ó amarla como el chupa-mirto á los mirtos. Es vd. mas hermosa que una mazorca en sazón, dígame si por fin me ha de querer de veras, ó si nada mas hemos de estar embromando. Mañana en la noche vengo por la respuesta. Piénselo vd. bien antes de resolverse, no luego salgamos con un domingo-siete y....

Yo le juro amor eterno
Sin andarme con rodeos

Pues si son así los diablos
Aunque me vaya al infierno.

[QUIEN VD. SABE.]

Posdata.--No se le vaya á olvidar á vd. que á las diez de la noche he de venir á recoger la razón.

“EL MISMO.

Hemos visto que Gil Gomez habia apurado su elocuencia oratorio y poética en su misiva, que fué entregada aquella misma noche; á las diez de la noche siguiente, recibió la siguiente contestacion en letra casi ininteligible.

“SEÑOR DON GIL GOMEZ:

Si lo que dice es cierto, me alegro mucho; pero siempre como luego ustedes son tan malos, no le quiero responder todavía si “sí ó no” A la otra sí ya le digo con seguridad lo que haya. Viva vd. mil años como lo desea su criada.

MARIA MANUELA TIBURCIA
DE LA LUZ SANCHEZ.”

La segunda carta de Gil Gomez, contenia tan solo estas palabras.

“SEÑORITA DOÑA MANUELA.

¿Qué hay por fin del negocio que traemos entre

manos? Lo que ha de ser mañana que sea de una vez.

EL MISMO.”

La contestaron así con el mismo laconismo.

“SR. DON GIL GOMEZ.

Muy señor mio y de todo mi aprecio. Pues siempre me resuelvo que “sí” pero no se lo vaya vd. á decir á nadie porque donde lo sepa mi padre, quedamos frescos y es muy capaz de darle una paliza.

QUIEN DE VERAS LO QUIERE.”

Gil Gomez, volvió á escribir esta carta á fin de romper aquellos prosaicos amoríos.

“SEÑORITA DOÑA MANUELA.

Pues si de veras me quiere vd., deme una prenda como un mechoncito de su cabello, una tumbaga, ó lo que fuere mas de su gusto. Cuando veo á vd. todo mi corazón late, porque me parece que veo á la burra de Balaam.

EL DE SIEMPRE.”

Esta galanteria, nada debió agradar á la señorita Manuela, que por ignorante que fuese siempre conocia el *simile*, pues ya no volvió á presentarse

en la ventena á las horas que pasaba Gil Gomez ni á aceptar ninguna carta suya.

Gil Gomez por otra parte que no tenia por norma la constancia, en vez de llorar aquel desvío repentino se rió de él y no volvió á pensar mas en la señorita Manuela.

Así acabaron al nacer estos poco espirituales amores.

CAPITULO V.

Un despacho del virey Venegas.

—¡Diablo! repito que te vendría á las mil maravillas un uniforme de teniente, en los dragones de la reina, sobrino Fernando: dijo una mañana el brigadier Don Rafael, que durante los cuatro dias que habian trascurido desde su llegada á la casa de su hermano, no habia hecho otra cosa que pasear, cazar y armar gresca todo el dia en compañía de Gil Gomez á quien habia tomado una fuerte afición; ¿Qué dices tu de eso? Estevan.

—Me alegraría demasiado, que el pobre Fernando, en vez de consumirse aquí en el tedio y la melancolía, disfrutase algo y conociese un poco el mundo, pues al fin mientras yo viva no tiene otra cosa en que pensar, respondió Don Estevan, á quien lisonjeaba la idea de que su hijo alcanzase un grado, que en aquella época valia tanto como hoy un generalato.

—¿Qué dices tu de eso, sobrino?

—Daria yo gusto á mi padre, respondió Fernan-